



EL SEPULCRO DE D. ÍÑIGO LOPEZ CARRILLO DE MENDOZA.

En la catedral de Toledo y en la capilla llamada de San Hdefonso, se halla el precioso sepulcro cuya copia exacta presentamos hoy, como una de las obras mas notables que en su género posee nuestro país. Aunque de diversos gustos el enterramiento y el arco que le contiene, forman un conjunto de excelente efecto. En la lápida que se descubre al centro, se halla grabada la siguiente inscripcion:

Aquí yace Don Íñigo Lopez Carrillo de Mendoza, Visorey de Cerdeña, sobrino del Cardenal Gil de Albornós y hermano del Obispo. Falleció año de 1491 en el Real de Granada.

ESOPO EL FRIGIO.

ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

II.

Hasta aquí, como se vé, la fortuna; sino albagaba á nuestro poeta, tampoco le perseguía. — ¡Que era esclavo! en cambio él lo sabía, y hay ahora tantos que lo son, y ni lo saben, ni lo precen si lo sospechan. — ¡Que daba siempre con tontos? gran fortuna para los hombres de talento, que los pueden traer y llevar á su capricho como si juzgaran las cubiletes. — Bien que si vamos á cuentas, esclavitud por esclavitud, y tontos por tontos, muchos ebullitas modernos se cambiaran por el Frigio.

Solamente una cosa pudo dar que hacer á Esopo, y hasta desesperarse, á pesar de su élipsa: el odio cordial que desde entonces le profesó la mujer de Xanto, cualquiera de sus mayores labutas — que,

escribió despues — hubiera dado el pobre poeta por no haberse metido nunca en aquella matrimonial camisa de once varas; pero lo hecho estaba hecho, y habia salvado de la muerte á un marido, filósofo por añadidura, que ya era accion para tranquilizar su conciencia.

Aparte de estos sinsabores caseros, la vida de Esopo se deslizaba mas tranquila que un arroyo sobre la alfombra de los campos, como diria un *revistero de Madrid*. — Su fealdad se aumentaba en proporcion del desarrollo de su inteligencia, y su amo seguia castigándole sin tón ni són, ni mas ni menos que si conociera lo que habia perdido en felicidad ganando de nuevo á su mujer.

Quiso un dia convidar á varios de sus amigos, y Esopo recibió orden para comprar las mejores viandas del mercado.

— Yo le enseñaré, dijo el Frigio para su capote, á especificar lo que desea y á no sujetarle el capricho de un esclavo.

Y con esta piadosa intencion compró solamente lenguas, que hizo albednar de los diversos modos conocidos. Los convidados loaron la eleccion del primer principio, y aun la del segundo; pero al ver que el tercero y el cuarto y todos los restantes eran lenguas, manifestaron paladinamente su disgusto.

— ¡No te acordé, dijo el filósofo, comprar lo mejor que hubiese en el mercado?

— ¿Y qué mejor que la lengua? — respondió Esopo. — La lengua es el lazo de la vida civil, la llave de las ciencias, intérprete de las pasiones, órgano de la verdad y de la razon. Ella reúne los pueblos y los civiliza; ella reina en las asambleas; ella instruye; ella persuade; ella cumple el mayor de nuestros deberes, que es alabar á los Dioses.

— ¡ Pues bien! — dijo Xanto que queria *cazallo* en sus propias

redes: —compré para mañana lo peor.— Señores, os convidó también para mañana.

Al día siguiente les llevó Esopo la misma aguilona, y como la condecoración casi se amortinara, dijo que la lengua es la peor cosa del mundo; madre de todos los pleitos, ocasión de todas las riñas, origen de todas las guerras; que las mefios veces era órgano de la verdad, y las mas del error y de la calumnias; consejera de crímenes, destructora de pueblos; que si sirve para alabar á los Dioses también sirve para blasfemar de ellos. No faltó uno de los presentes que dijo á Xanto, para su mayor desesperación, que venga como de molde un eruido como aquel para dar al traste con la paciencia de un filósofo.

No era solamente en la compañía de su dueño donde Esopo hacía muestra de su donaire y de su agudeza. Un día que cierto negocio le tuvo fuera de su casa, se encontró en la calle al magistrado que le preguntó adonde iba. Ya por distraído, ó ya por otra razón cualquiera, Esopo le respondió que no lo sabía, con que el magistrado, teniendo por desprecio ó por irreverencia esta contestación, le mandó prender. Cuando le llevaban á la cárcel exclamó:

—¿Por qué me prenden? ¿no he respondido bien? ¿sabía yo que me llevarían adonde me llevan?

Convencido el juez le puso en libertad, y felicitó al filósofo por tener tal eruido; pero Xanto por su parte no necesitaba de estos elogios para conocer cuánto le honraban su posesión. De todos sus apuros le sacaba Esopo. Su talento, verdaderamente sobrenatural, aunque cubierto con aquella apariencia tosca, brillaba á cada paso, deslumbrando al del filósofo.

En cierta ocasión enseñaba Xanto á sus discípulos el arte de embriagarse... con la práctica. Esopo los servía, y cuando vió que empezaban á perder la razón discípulos y maestro, les dijo:

—El exceso del vino produce tres resultados: —El primero la voluptuosidad; el segundo la embriaguez, y el tercero el furor.

Viéronse todos de su observación, y continuaron bebiendo. Xanto paró la razón, y comenzó á decir que era capaz de beberse toda la mar. Burláronse de él sus discípulos, y enojado quiso sostener su proposición, y apostó su eza á que se bebería la mar entera.—Y en prenda depositó el anillo que llevaba en el dedo.

Cuando, disipados los vapores del vino al día siguiente, echó de menos el anillo, se sorprendió sobremedura, y fué necesario que Esopo ayudase á su memoria para que recordase su locura. El pobre Xanto se desesperó y maldijo de su apuesta; pero, como siempre, recurrió á su esclavo para salir del compromiso.—Y él efectivamente le salvó.

A la hora señalada para la ejecución de la apuesta, todos los habitantes de Sama corrieron á la orilla del mar á ser testigos de la humillación del filósofo. El discípulo de la apuesta creía ya segura su ganancia, cuando Xanto dijo en alta voz:

—Señores, he apostado con efecto que bebería toda el mar; pero no los ríos que desembocan en él. Que haga variar su curso mi discípulo, y yo cumpliré mi apuesta.

Admiráronse todos de la falacia de Xanto, que le salvaba el honor. Confesó su vencimiento el discípulo, pidiéndole mil perdones, y el pueblo le llevó á su casa casi en triunfo.

Pidióle Esopo en recompensa su libertad; pero se la negó el filósofo, diciendo que aun no era tiempo; que se la concediera cuando los Dioses se le aconsejaran con un agüero feliz. Por ejemplo, si al salir el poeta de su casa veía dos cornejas, le otorgaría la libertad; pero si una solamente, seguiría siendo esclavo.—Esopo salió inmediatamente, y vió dos cornejas que se posaron en la copa de un árbol. Corrió á llevarlo á Xanto, que quiso verla por sus ojos; pero tardó en salir de casa, y una de las cornejas huyó mientras tanto.

—¿Me engañarás tú siempre? dijo á Esopo. Yo te daré tu merecido.

Castigado estaban al pobre poeta por esta acción, cuando vinieron á convidar á Xanto para una boda.

—¿Ay de mí! — exclamó Esopo —, ¿Qué embusteros son los presagios! A mí, que he visto dos cornejas, me están castigando, y á mi señor, que no ha visto mas que una, le convidan para una boda.

Esta sátira agradó tanto al filósofo, que ordenó treguas en el castigo; pero de ninguna manera accedió á darle libertad.

En otra ocasión se paseaban amo y eruido entre monumentos antiguos, leyendo con placer las inscripciones que encontraban. Vió Xanto una que no pudo comprender, á pesar de toda su ciencia, enojo que solamente se componía de las primeras letras de algunas palabras, lo que le obligó á confesar ingenuamente su pobreza.

—Si encontráramos un tesoro por estas letras —dijo el fabulista— ¿qué recompensa me darías?

—La libertad y la mitad del tesoro.

—Significan —prosiguió el poeta— que á cuatro pasos de aquí encontraremos uno.

Y con efecto, hicieron una escavación y lo encontraron; pero el filósofo no quería cumplir su palabra.

—Librame los Dioses de la idea —dijo— hasta que me descifres el enigma de esos caracteres.

—Son —dijo Esopo— los primeros de estas dos palabras: — *Apádas*, *Bemata*, etc. — Es decir; — A cuatro pasos de este lugar hay un tesoro escondido en la tierra.

—Eres muy sábio y me pasaría de darte libertad. No la esperes.

—Yo me denunciaré al rey Denis —repuso Esopo enojado— porque la mitad de este dinero le pertenece.

Intimidado Xanto dijo al Frigio que tomase la mitad del tesoro á trueque de callar; pero Esopo declaró que nada le debía, puesto que el tintero tenía este doble significado:

«Partid el tesoro antes de regresar á Samos.»

Por temor de que publicara este suceso, Xanto le mandó encargar de cadenas.

—¿Ay de mí! — exclamó el Frigio. — ¿Así cumplen sus promesas los filósofos? — Pero tú me darás libertad tarde ó temprano, á guisa de por fuerza.

El vértigo de la libertad es el verdugo, el torcedor de todos los nombres grandes. Esto sucedía doscientos treinta años antes de la fundación de Roma.

III.

Dios ha puesto en el corazón de los hombres de genio el presentimiento de la verdad. Sin que pretendamos con esto dar á entender que adivinen los sucesos, como los adivinos y las pitonisas de la antigüedad, creemos, si, que la razón de los hombres superiores posee el don de penetrar las brumas de la porvenir, sino de desvanecerlas enteramente. Los de vida agitada y borrascosa, — el Tasso, Camoens, Cervantes, — ¿cuántas veces no presagiaron sus tristes desventuras, cuántas veces no vieron abierto su sepulcro, aun en su edad mas juvenil, cuando la humanidad imaginaba gozar de ellos largos años! — En nuestros tiempos modernos, en el siglo XIX, ¿no hemos oido á Byron presagiar su triste fin, en medio de su existencia de orgías intelectuales? no hemos oido al autor del *Diablo mudo*, pronunciar á los treinta años su sentencia de muerte?

..... un doliente gemido
mi dolor tribulaba á mis cabellos,
que canos se teñían,
pensado que ya nunca volverían
hermosas manos á jugar con ellos.

Así se realizó la profecía de Esopo por un prodigio que puso en gran aprieto á los Samitas: un águila, descendiendo de las nubes, robó el anillo público (1) dejándole caer en el seno de un esclavo. Consultado el filósofo como sábio y como uno de los primeros personajes de la república, pidió treguas para la respuesta, y recurrió á su oráculo de siempre, á Esopo. Acostóse éste que le lavase á la plaza pública, fundándose en que si salía vivo del compromiso sería gran honor para su dueño, y sino solo él, solamente el esclavo sufriría la rechilla de los gentes. Xanto aprobó la idea, y le hizo subir á la tribuna. Al verle tan feo, el pueblo se amortinó casi, acogiendo el acordio de su discurso con carezadas de boca; pero restablecido el silencio, y puesta la atención general, así su grado, en lo que decía, todos se admiraban de que pudiese raciocinar tan bien un ente tan despreciable. Díjoles Esopo que era grave error apreciar la forma del vicio mas que el libro que contiene; y como los Samitas se empeñaban en saber su opinión sobre el suceso que allí los reunía, Esopo se excusó por su situación de esta manera.

—La fortuna —dijo— ha dado ocasión á una lucha de gloria, entre el señor y el esclavo. Si el esclavo sale vencedor será castigado, y si queda vencedor será castigado también.

Comprendieronle todos, y rogaron á Xanto que le fuese por libre; pero el filósofo no accedió sino por orden expresa del magistrado. Ya libre, dijo Esopo que aquel suceso amenazaba á los samitas con la esclavitud, y que el águila y el sello significaban que un rey poderoso iba á intentar dominarlos.

Con efecto, poco tiempo después, Cresó, rey de Lidia, pidió un tributo á los samitas, amenazándoles con imponérselo por la guerra. Divididos andaban en Samos los pareceres, sobre pagar el tributo ó no pagarle, cuando dijo Esopo:

—Siempre la fortuna presenta á los hombres dos caminos: uno, el que los hace libres, está erizado de inconvenientes en su principio, pero despues es llano y agradable; el otro, el de la esclavitud, agradable al comenzar, pero triste y afanosa en la conclusión.

Esto quería decir á los samitas que defendieran su libertad, y ellos lo comprendieron. El embajador de Cresó volvió á su corte con mal talento.

Al momento se puso el estado de Cresó en pré de guerra; y con la noticia que le dió el embajador de que mientras tuviesen los de

(1) Era especie de sello, alegoría del poder, como el cetro de los monarcas de Europa.

Samos por consejero á Esopo, no los reducirá al cumplimiento de su voluntad, les exigió por condición de su libertad que le entregasen al Frigio. Los magnates de Samos tuvieron por ventajosa esta exigencia que les aseguraba la paz; pero Esopo les hizo mudar de opinión contándoles que en cierto tiempo las ovejas habían hecho un tratado con los lobos, entregándoles en rehén los perros, su única defensa; y al punto mismo fueran todas devoradas por los lobos sin ningún trabajo.—Aunque por esta fábula mudaron de opinión los Samitas, quiso el poeta ir á la corte de Creso, asegurándoles que en aquellas circunstancias mejor servían sus intereses al lado de aquel monarca.

Admirado Creso al verle, exclamó:

—¿Será posible que tan ruin criatura sea el único obstáculo que mis intentos hallan?

Esopo se arrojó á sus pies y le dijo:

—Ocupábase un labrador en coger langosta, cuando cogió por azar una cigueta, iba á ahogarla como hacía con las langostas, y ella le dijo: —¿Qué daño te puedo yo haber hecho, yo, que no talo las campañas, ni te causo mal alguno? Yo no tengo mas armas que mi voz, y esas pueden ser mas inofensivas? —Yo, gran rey, —repuso Esopo, —soy la cigueta: no tengo mas que voz, y no me sirvo de ella para hacerte daño.

Admirado y conmovido Creso, no solamente le perdonó, sino que le hizo formal promesa de no inquietar á los Samitas.

En este tiempo compuso Esopo sus fábulas. Dióselas al rey de Lidia por quien fué enviado con un mensaje á Samos, donde obtuvo casi una ovación. Por este tiempo tambien, tendió el deseo de viajar y de conocer á los grandes filósofos del mundo. Los reyes de entonces se remitían unos á otros problemas sobre diversos asuntos, y el que no los resolvía obligábase á pagar una especie de contribución. Lyceris, rey de Babilonia, con quien Esopo trabó estrecha amistad, llevaba siempre ventaja en estos certámenes con el auxilio del poeta.

Creyendo sin duda que la suerte no le había tratado muy mal, usóse el Frigio Esopo; pero no tuvo ventura, y adoptó á un joven de la pobleza llamado Enno, con tan mala suerte que dió con un villano que mancilló su lecho nupcial. Supo Esopo y le arrojó de su casa; y Enno por vengarse falsificó una correspondencia entre su padre adoptivo y los reyes émulos de Lyceris, con que persuadido este monarca, mandó á Hermippo, uno de sus oficiales, que diese la muerte á Esopo. Hermippo por fortuna era amigo suyo, y dando la noticia del cumplimiento de su orden á Lyceris, le mantuvo encerrado en una sepultura hasta que Nectéabho, rey de Egipto, teniendo por muerto á Esopo, creyó poder hacer su tributarlo al de Babilonia. El desatío fué muy singular. Provochó á que le mandase arquitectos vapores de construir una torre en el aire, ó que le mandase un sábio que respondiese á cuantas preguntas se le hicieran. En vano recurrió Lyceris á sus filósofos, que se daban de cabezadas, con lo que estató la muerte del fabulista. Entonces, Hermippo le confesó su encargo, y sacó por su orden de la tumba á Esopo, que fué recibido con agrado, y perdonó al vil Enno.

Al saber la proposición del rey de Egipto, rió Esopo como una sandez, y aplazó su resolución para la primavera, en cuyo tiempo se puso en camino para Egipto con una comitiva compuesta de buitres enseñados por él á remontarse en el aire con una especie de globo y un muchacho dentro (1). Nectéabho, que se arriesgó á tal fantasía porque creyó muerto á Esopo, cuando le vió llegar á sus estancias se tuvo por vencido. Preguntóle, no obstante, si llevaba arquitectos y el sábio que respondiese á todas las preguntas. Esopo por respuesta le llevó al campo y soltó los buitres. A regular distancia del suelo gritaron los muchachos desde los globos que se les diera un pedruzco y maderas, con lo que Esopo dijo al rey:

—Ya están prontos los arquitectos: mandádes los materiales para la torre.

Nectéabho se dió por vencido en esto; pero mandó venir de Heliópolis unos famosos sábios célebres en proponer enigmas. Durante una comida que el rey les dió propusieron á Esopo muchas dificultades de las cuales era esta la más difícil:

—Existe un grandioso templo edificada sobre una columna cerrada por doce ciudades. Cada una de estas ciudades tiene 50 arcos, y por entre ellos pasan sin cesar una detrás de otra dos mujeres, una noble y la otra negra.

—¡Bah! contestó Esopo.—Admiranzas como estas las resuelven sin trabajo los niños de mi país. El templo es el mundo; la columna es el año; las dos ciudades los meses; los arcos los días; y las dos mujeres el día y la noche.

Uno de los amigos de Nectéabho, sicado del honor, dijo que Esopo no sería capaz de proponerle una cosa de que no tuviera como

ciencia alguna. El Frigio escribió una carta que puso cerrada en manos del rey. Antes de abrirla aseguraban los sábios de Heliópolis que el asunto no debía ser cosa nunca vista ni oída; pero abrióla Nectéabho, y al ver que era una cédula por la cual confesaba deber á Lyceris, rey de Babilonia, dos mil talentos, exclamó:

—Señores, todos sois testigos de que esto es una calumnia.

—Tan calumnias, respondieron todos, que nunca hemos ni aun imaginado cosa como ella.

Nectéabho despidió á Esopo de su país colmándole de presentes.

Algunos autores de la antigüedad atribuyen su permanencia en Egipto á la esclavitud material ó amorosa, que tambien indican esto, en que le tuvo Rodophea, la célebre Aspasia egipcia, que con las liberalidades de sus amadores construyó una de las tres pirámides que subsisten aun, la mas pequeña, pero la de mas mérito. Nosotros, humildes hidrógrafos del siglo XIX, podríamos resolver una duda histórica que data del tiempo de las pirámides?

Recibióse Lyceris en Babilonia con gran alarde de júbilo, y aun le mandó construir una estalua. Por ver y aprender renunció á todos los honores, y partió á Grecia por última vez.

A su paso por Delfos, como no le tributaran homenajes, comparó á las gentes del país con esas cañas que flotan en las superficies de los rios: todo apariencias y por lo interior huecas y podridas. Costóle caro la metáfora, porque los de Delfos determinaron tomar venganza con su muerte. Con tal fin equiparon en su equipaje los vasos sagrados, y cuando volvió á emprender su camino en dirección á la Fócida, salieron en su persecución, y aunque juraba que no había cometido tal crimen le convencieron de él registrándole (1). Cargado de cadenas como un criminal volvió á Delfos, donde le sentenciaron los jueces á ser precipitado. Por aquella vez usó vanamente de sus terribes armas: la sátira y el apólogo. Los jueces se burlaban de ambos.

Pudo escaparse al marchar al suplicio, y acogerse á una capilla dedicada á Apolo; pero le arrancaron por fuerza de allí. Entonces exclamó:

—¿Violais este asilo santo? día ha de venir en que vuestra maldad no esté segura ni aun en los templos. Un águila mató á una liebre que se había refugiado en un nido, á pesar de las súplicas de un escarabajo, y Júpiter castigó al águila destruyéndole todas sus crías (2). Esto mismo os sucederá.

Poco tiempo despues de su muerte, una peste violenta devastó aquellas comarcas. Consultados los oráculos sobre el medio de aplacar á los Dioses, respondieron que era el único honrar los manes de Esopo. Al punto le elevaron una pirámide; pero los Dioses no se dieron por satisfechos, y dejaron á los hombres el castigo de aquel crimen. Con efecto: la Grecia envió á Delfos una comisión indagatoria, que descubrió á los culpables de la muerte de Esopo, y los castigó severamente.

VICENTE BARRANTES.

LA MENDICIDAD EN LONDRES.

I.

Los mendigos en las calles.

Londres tiene proporciones harto gigantescas, y la intervención de la población flotante es necesariamente harto imperfecta, para que sea posible citar un número exacto de los mendigos de las calles. Sin embargo, un ministro del culto, llamado Baptisté Noel, que se ha ocupado de esta cuestión, ha publicado un escrito en que hace ascender este número á 8,000, sin contar los pobres vergonzantes que ejercen su profesión á domicilio. Como estos mendigos no están inscritos en los registros de las parroquias, y componen lo mas flotante de aquella población inmensa, se vé que el ministro ha debido establecer sobre datos bastante vagos la estadística de su número; lo cual no le impide que emita la opinión, quizás aventurada, ya que no muy casual, de que los nueve décimos de estos mendigos son unos bribones. Sea como quiera, una suposición mas verosímil es que, uno con otro, recoge cada mendigo 20 chelines (unos 100 reales) por semana, y que las limosnas de esta clase ascienden anualmente á mas de 52 millones de reales. El habitante de Londres tiene mendigos que han llegado á saber un diario de 18 á 20 rs. Hace poco tiempo, el hijo de un artesano honrado, que tenía cerca de 14 años,

(1) Esta aventura puede inversion de algun escritor moderno, porque se semejante á la de los hermanos de José. Y lo parece con tanta mayor razón, cuando que se le convierten que hemos consultado, de la literatura de la época.

(2) Este argumento es el de la fábula de Esopo *El Águila y el Escarabajo*, traducida por Lafontaine en el tomo de las *Fables*, *Le Fable et le Charbon*, p. 74 de la edición de Paris, y por Montaigne en el tomo I, p. 20 de la edición de 1812.

(1) El mismo autor de esta comedia cita algunas veces con mucha exactitud que le parece oportuno.

comparecía por undécima vez ante el tribunal de policía, bajo la imputación de mendicidad. Había sido castigado ya diez veces por el mismo delito, y acababa de sufrir dos semanas de cárcel en Bridwell. Se había sentado en la puerta de la iglesia con un papel en el pecho, en el que se leían estas palabras: «*A poor orphan boy*» (un pobre niño huérfano) y confesaba que en cada uno de los cinco días que había escapado á la vigilancia de la policía, no había recogido menos de 6 chelines. Lo mismo le había sucedido antes de sus arrestos precedentes. Por lo demás, no mendigaba sino impulsado por una pasión irresistible á ver comedias. Le era preciso ir cada noche al teatro, y si se le permitía el estado de su bolsillo, se llevaba consigo uno ó varios de sus compañeros.

Algunos hechos publicados durante los 12 últimos años (y estos hechos no serán seguramente los únicos que se hayan presentado en una ciudad tan vasta como Londres) demuestran cada productiva es la mendicidad de las calles. Una mujer que había estado 25 años seguidos barriendo una encrucijada de Charing-Cross, dejó al morir una fortuna de 3300 libras esterlinas (330000 reales); preciso es decir, en honor de la verdad, que no había recogido todo aquello con su escoba; sus compañeros y otras muchas personas la conocían con el nombre de la *Banquera*; prestaba con usura, pero la escoba era

la que había creado el capital, y un paquete voluminoso de billetes sin valor; aunque preciosamente conservados no obstante, probó de una manera evidente que el capital había sufrido varias brechas ocasionadas por pérdidas.

Otra mujer que había estado barriendo mucho tiempo en Kent-Street, legó poco antes de su muerte á un dependiente del banco de Inglaterra «*porque me daba cada vez un penique*» 1500 libras en dinero contante, y el resto de su fortuna, que eran unas 70 libras, «*al penderote Morton*, porque no me ha dado nunca nada, lo cual le perdono, y con el fin de que en lo sucesivo piense en los pobres barrenderos de las calles.» La colección del *Blackwood-Magazine* del mes de agosto de 1837, habla de un negro que en el espacio de 50 años había recogido mendigando, una cantidad de 8000 libras esterlinas, que se hallaron en dinero, después de su muerte en su miserable albergue. Todos los periódicos cotidianos de su tiempo mencionaron un anciano tuerto, con la cabellera blanca como la nieve, que, después de haber manejado la escoba durante algunos años en la encrucijada de Fleet-Street, legó 700 libras esterlinas á la hija de Alderman Waitman, y esto no solo porque le había dado con mas frecuencia medio penique, sino también porque le sonreía siempre amistosamente. Hace dos ó tres años un negro se hizo á la vela para la



América, su país nativo, con 1800 libras esterlinas (unos 18000 reales) que había reunido mendigando.

Esto no puede suceder sino en fuerza de mucha economía, y no es esta la realidad característica de los mendigos de Londres. En su esfera, sus necesidades ordinarias son casi una prodigalidad. La mayor parte de ellos gasta por la tarde lo que ha adquirido por la mañana. Hacía tres años enteros que un mendigo pagaba cada semana á un tabernero de Oxford-Street una cantidad de veinte chelines por surtirle de alimentos y bebidas, cuando uno de sus compañeros de escuela le conoció bajo sus harapos, y le ofreció un destino con 60 libras anuales, y casa de valde. El mendigo rehusó rotundamente, diciendo que se hallaba mucho mejor en su estado. Sin embargo, este oficio no debe ser ya tan lucrativo como antes. Últimamente, en un teatrillo de esos de calle en que se dá un penique, y están representadas frecuentemente con tanta exactitud las costumbres y la vida de las clases inferiores, preguntaba un mendigo jóven á un anciano: —¿Qué tal há sido el día? —«¡Ay! contestó el anciano con un bocado suspiro, muy malo; Tommy hijo mio, la mendicidad no es ya en el día lo que era en mi juventud: es 50 libras por año peor que antes!»

Si todo no demuestra la necesidad de practicar la caridad (escríame un autor alemán de Morgenblatt), los mendigos por su parte, no olvidan nada de lo que pueda excitarla. Todas las clases de bribones que hay en Londres tienen una reputación proverbial de astucia; pero ninguna de ellos es mas diestro ni mas inventivo que el mendigo de las calles. Explota todas las enfermedades. La ceguera y la parálisis se encuentran principalmente bajo todos los aspectos y miserables imaginables, sobre las cuales se cuentan por docenas anécdotas chislosas y dolorosas á un tiempo; desde que la enfermedad de

las patatas hizo subir el precio de los viveres, y que los perulistas han amenazado á Londres con los pronósticos de la escasez y el hambre, se ha hecho esta el tema favorito de los mendigos, y la decadencia de la salud, el festo extraordinario de sus lamentaciones cotidianas.

En la última escursión que hice en la *Cité*, y en las gradas de la iglesia de san Andrés de Holborn, uno de los barrios mas antiguos de Londres, un hombre acurrucado sobre los talones, cubierto de harapos miserables, y á su lado un sombrero con estas palabras escritas en caracteres abultados: «*Mis hijos y yo nos morimos de hambre*» La miseria y la desesperacion estaban retratadas en su rostro pálido y enfermizo; un pañuelo blanco que le rodeaba la cabeza y estaba atado debajo de la barba, le daba el aspecto de un cadáver; hallábase agobiado y parecía encontrarse en la imposibilidad de mover ni brazos ni piernas; el día estaba frío y nebuloso. Las monedas de cobre y plata lloraban en el sombrero del desgraciado. Manifestaba su gratitud entresabiendo los ojos ó moviéndose casi imperceptiblemente; muchas personas se paraban á su alrededor: «*el pobre espía*» decía uno, «*No le resta una hora de vida*» decía otro. «*No hay nadie aquí que...*» y dijo un anciano de semblante bondadoso, y espiró la palabra en sus lábios. El maribundo aparente, arrancando su pañuelo, le había echado en el sombrero y se había puesto éste, y atravesando el círculo de espectadores, subió á todo correr la cuesta de Holborn. ¿Había resucitado? La sorpresa llegaba á su colmo, pero se despojó la incógnita pocos momentos después. Nuestro pillastre vagabundo había vista de reojo y á lo lejos un oficial de la Sociedad de Mendicidad, y la perspectiva de una reclusion de algunas semanas en Bridwell le había restituido de improviso el uso de sus miembros.

que el momento en que se hallaba cerca alguna lancha que pudiera llevarla. Tenía cuidado de que se hablara de la miseria mas espantosa que habia motivado su tentativa de suicidio, y de que se hiciera inmediatamente despues una colecta en favor del pobre desgraciado, de cuyo producto habia participes en seguida á sus compadres. La asistencia de las mugeres no se queda atrás nunca. Una muger se sienta en el dintel de una puerta teniendo en brazos dos niños de pecho que nunca son hijos suyos; los pellizca, llora, y cuando le preguntan el motivo del amargo llanto de las tiernas criaturitas, contesta que no tiene leche para amamantarlos, porque desde la víspera no les tomaba alimento alguno. Otra estrecha contra su seno un paquete de trapos que deba representar un niño en mantillas (*the dear baby*), que está agonizando, y no tiene otro remedio para comprarle medicamentos. No son estos sin embargo los medios mas vergonzosos empleados por los mendigos para sangrar los bolsillos de las personas caritativas, pero la pluma se resiste á narrarlos.

La especulación que explota tan activamente todos los ramos del comercio, se ha apoderado igualmente del oficio de mendigo, y cuando no bastan los recursos pecuniarios, recurren á la asociación. Hace algunos años que los periódicos alemanes de Londres hablan con indignación contra el alistamiento de esas centenas de muchachas apenas nubles, que remiten á aquella ciudad, y que, al servicio de su amo, y únicamente por no ser arrestadas como mendigas, andan vendiendo escobas ó azafates, en cambio de un mal alimento, de un pésimo albergue, pero de un bonito traje. Ya se habian publicado estas protestas en el mes de abril de 1854, con motivo de peticiones entabladas contra dos hombres que albergaban en su casa, situada en el barrio de Saffron-Hill, treinta y tantos muchachillos italianos que enviaban á correr por las calles con zampojas, estones blancos, monas, galapagos y otros mil pretextos para encubrir la mendicidad. Cada uno de estos niños no llevaba por la noche menos de seis selillones; los castigaban con golpes y hambre, y sus malos tratamientos ocasionaron la muerte de uno de estos desgraciados. Reproduciéronse de nuevo las citadas reclamaciones, cuando un mercader italiano llamado Lucioni, reveló á los tribunales que la Inglaterra no encierra menos de 4000 de estos niños, que estaban repartidos sobre toda la superficie del reino, y sumados en una profunda depravación física y moral. Las revelaciones de Lucioni se insertaron en todos los periódicos; pero todo esto fué inútil: los vendedores de escobas y los salvajeros se ven continuamente en las calles de Londres en crecido número.

Los mendigos celebran asambleas en que acuden algunas veces cosas muy singulares: Archendoff las ha referido detalladamente en su obra titulada *England and Italy*, y publicada en Leipsic en 1787. Otros saben ya esto por la célebre ópera de Gay *El Mendigo*. Existen uno en el día estas asambleas, pero han sufrido variaciones esenciales en sus reglamentos interiores. Son rigorosamente secretas sobre todo, y están organizadas con la mayor regularidad: tienen un jefe, director supremo, un sistema electivo y leyes de recepción. Estas sujetan al candidato á una prueba de su habilidad, y la eventualidad de no ser admitido. Otra novedad que se ha introducido en los estatutos de esta sociedad va la division de Londres entre los miembros que la componen. Cada uno de ellos tiene su distrito especial, limitado, y cualquiera usurpacion ó irrupcion es castigada con la mayor severidad. Por lo demas, las costumbres y el método de vida de los mendigos son probablemente con los mismos que en la época en que el príncipe de Gales, despues Guillermo IV, frecuentaba de incógnito y acompañado de su edecán el mayor Hanger aquellas asambleas ó reuniones nocturnas, de que ha hablado este último en sus memorias.

(Concluirá.)

LA REINA SIN NOMBRE.

ROMANICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuación.)

VI.

Nada de particular ofrecieron los quince primeros días que pasó Floriana en Segóbriga. Situada la ciudad en un alto, situado en lo mas alto de la ciudad el castillo, residencia del duque, desde sus azoteas se descubrían, mirando hacia el noroeste, los cerros que

pareaban el Valle del Paraíso, donde Floriana habia vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y de su padre. Allí habia quedado tambien sepultada su ventura. ¿Qué seria de la anciana Apicela, que habia servido de madre á Floriana despues del fallecimiento de Pompeya? ¿qué seria de los hijos Nubrido y Laureano? ¿Cuántas lágrimas habrían vertido por la ausencia de su amada señora! y si hubiera sabido su suerte. ¿! ¡oh! entonces, Apicela sin duda hubiera espirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana, cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirigir una mirada al valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oracion matutina.

Froya parecia haberla olvidado: ni le buscaba ni habla de su visita. La noche que entraron en la ciudad, le dijo estas pocas palabras: «He querido hacerle mi esposa; has preferido ser mi esclava: sélo en buen hora.» No le habia dicho mas, y su porte con ella parecia conforme á este supuesto. Mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubria un volcan.

Los designios sediciosos de Froya habian vuelto á reproducirse despues del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los gefes de la conjuración proyectada habian arrojado á Segóbriga, y otros se mantenían separados en las poblaciones convecinas. La ambición y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazón de Froya para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segóbriga Teodosinda.

—¡Venganza! fué la primera palabra que dijo á su hermano. Me han injuriado cruelmente; véngame.

—¿Qué injuria te han hecho?

—Sabes que por consejo, ó más bien por orden del Rey, escribí una carta á su hijo.

—¿Qué se te hizo escribir á Floriana?

—Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y su amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás lo que ha sido su respuesta?

—Dímela lisa y llanamente y escuso de figurarme nada.

—Me ha contestado que su padre no piensa en casarse conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desahogar las asechanzas que arrojan contra él, de las cuales está perfectamente averiguada. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en escarmentar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos en fin á mirar el trono de Flavio, y guardemos un profundo silencio sobre las noticias que nos comunica.

—¿Sabe ya nuestros proyectos el vizcajo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí quizá me debe el haberse cogido la corona; á mí me deberá tambien su caída. Flavio es un usurpador.

—Es un ingrato.

—Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

—Oprimá y escarnee á los que le han servido.

—Es un monstruo sanguinario. A fuerza de suplicios no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

—Es un instrumento ciego de la ambición y rapacidad del clero. El obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Válate y siete reyes llevamos los godos desde Alaulfo, no contando al que hoy reina: de estos entre asesinos; muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

—Sí, sí: tú estás llamada á ser rey.

—Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

—Y á mí. A eso vengo á Segóbriga: los medios de llevar á cabo la insurrección quedan á tu cuidado; al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

—¿Para qué?

—¿Puedes dudarlo? Para quitarte la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

—Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado; de ese yo te vengaré.

—Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

—Es que yo no quiero que muera Floriana.

—¿Qué venganza es la mía si no me libro de una rival?

—¿Y cómo puedo yo ocupar el trono, si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana á nadie perjudica; la de Recesvinto es incompatible con la mía. ¿O quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Pompeya, y que te le entreguenos luego para que te sea la mano?

—¿ Pues con qué objeto pretendes conservar la vida á Floriana?

—Con el de tenerla por esposa no, porque no puedo. Pero aunque me la casara legítimamente con ella ¿es lo mismo una mujer que un hombre? ¿es lo mismo un gozo que una romana? A ella no le afectará esa pena, y á él sí. Como te creyera yo capaz de darte á un hombre degradado, aquí mismo te daría de puñaladas despues de haberte escuchado al rostro.

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder. ¡Oh! dijo sin embargo para sí: mi rival no vivirá, yo lo aseguro: para algo ha venido yo de Toledo.

La conversacion de los dos hermanos fué interrumpida por un doméstico que avisó á Froya de que tenía que hablar con el verdugo Sisberto.

Es mi mejor espía, dijo Froya á su hermana: déjame solo con él un rato. Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista y la atencion en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayordomo ó inspector del palacio-castillo. La historia del verdugo era digna de saberse.

Nació Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó á su profesion, en la cual hacía el jóven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de remedios, á no haberle lanzado ignominiosamente de su docia carrera la suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia descomulgada. Prendióse Sisberto de la doncella, cuyo nombre era Centola; el padre aprobaba la inclinacion del hijo; ella recibia de buen talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cumplido los 15 años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió al tutor cuenta de sus bienes y se separó de su casa, codiciosa la mal aconsejada jóven de mas alto empleo. El gobernador de Valeria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal de toda la ciudad, que el anciano físico que la habia educado, falleció de pesadumbre: ¡juegoso cuál sería la de su hijo. Dio á luz una niña Centola un año despues de su nacimiento con el gobernador de Valeria: nació enferma la criatura, y como ya entónces hubiese hecho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el gobernador le llamó para que asistiera á su hija. Escusóse Sisberto confesando francamente que aborrecia tanto á la madre despues de su pérdida y envilecimiento (tales fueron sus palabras, á la verdad poco prudentes), que tenía no mirar con el debido interés por la vida del inocente fruto del culpable trato. El gobernador, hombre feroz y maligno, lejos de castigar esta confesion ingénuca, se empeñó tenazmente en que Sisberto habia de asistir á su hija. Sisberto hubo de ceder, y por malos de sus pecados murió la criatura. Enafurecido el gobernador puso acusacion al físico haciéndole de juez y de parte, alegando que Sisberto habia sangrado á la niña, y que habiendo esta fallecido, el médico, segun la ley, debía ser puesto á disposicion de los parientes del difunto para que hicieran de él lo que les pluguere: lo que hizo el gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podía meter en cárcel á un médico sino por homicidio: Sisberto lo negaba y no podía probarsele: el gobernador discurreió un tormento inusitado para satisfacer su ira: mandó encerrar á Sisberto en un patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no habia forma de escaparse, y prohibió con pena de la vida que se le proporcionara abrigo ninguno. Era esto en medio de un invierno horroroso en que á una fuerte nevada sucedían agudísimos hielos, y cuando atojaba el frío del hielo volvía á caer nieve: el gobernador decia mofándose que no se podía guardar mas estrictamente al físico su prerogativa: la ley vedaba que se le metiese en la cárcel y cierto que no era cárcel donde él le tenia. En medio de una noche de las mas crudas que puede haber en aquella region destemplada, Sisberto, arrecido, desesperado, hinchadas todas sus estremidades, gritó repetidas veces para que se sacara de allí, aunque fuera para quitarle la vida: el gobernador alzándose del caliente lecho, se asomó á una ventana que daba al patio, y es voz comun que dijo á Sisberto las siguientes ó semejantes razones: Deovilada has tratado á la mujer que honro con mi cariño: si quieres conservar esta noche la vida, es preciso que te coloques mil veces mas bajo que ella: si ella es mi combeza, tú que la has injuriado, bus de servirme de verdugo. Rabioso Sisberto, y como si en aquel instante se sintiese inspirado del don de la profecía, dicen que respondió sin detenerse: Monstruo como tú, y la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, es imposible que no encontréis al fin el castigo de vuestros crímenes: acepta el empleo que me ofreces, ya que no tengo padre ni parientes en quienes requega el opróbrio: me queda la esperanza de que vengas un dia á parar á mis manos. Múchó descomulgadamente el gobernador; mandó abrir las puertas á Sisberto, y que le instalaran en su nueva casa y aldea; pero el terrible pensadillo del amante de Centola llegó con el tiempo á realizarse. Estallado al trovó un príncipe tan severo como bárbaro, no era posible que un gobernador tan inhumano subsistiese

en su puesto: incurrió además en el crimen de traicion, y le fuerni sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él habia creado. Centola, abandonado del gobernador, se abandonó á todos: el conde ó gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley señalaba: recibió 500 azotes por primera vez de mano de Sisberto, á igual número despues por haber reincidido. Y como á la mujer mundana reincidente debe el conde de la ciudad entregarla por esclava á un hombre de infimo estado, Sisberto, despues de ejecutada públicamente la segunda pena de Centola, pidió al nuevo gobernador que se la diese á él como se la habia de dar á otra, y le permitiera pasar á ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debía tambien con arreglo á la ley salir desherrada: otorgó el conde la súplica, y Sisberto vino á establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola, la cual desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo á pique de morire, no de enfermedad, no de desesperacion ni de vergüenza, sino puramente de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntualidad las terribles obligaciones de su empleo, las cuales sin embargo nunca le obligaron á teñir de sangre el cuchillo, merced á la sábia parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte: con todo, malas lenguas decian que le repugnaba atormentar á un esclavo ó un pobre, y sentia una rula complacencia en el castigo de un reo de superior jerarquía; por lo menos es cierto que aborrecia á los condes inhumanos y á las mujeres orgullosas. Curaba empero con humanidad á sus victimas, era habil en la composicion de venenos, y los condes de Sagóbriga le solian emplear para sondear á los escrivanos y gente humilde, entre quienes su presencia producía el más efecto que la amenaza de la tortura. No habia secreto que permaneciese oculto en dirigiéndole él al preguntado este aviso terrible: Mira no vengas á parar á mis manos!

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del castillo, mandó inmediatamente llamar á Centola. En tanto que desde las cárceles del castillo donde tenia su habitacion, subia la verduga á la torre que habitaba Teodosinda, tenian Froya y Sisberto un diálogo así:

—En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierta, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

—Quizá sí. ¿No es el hijo de Flayio?

—El príncipe es.

—¿Consiguiste penetrar en su habitacion?

—Entré.

—¿Sin que lo viera nadie?

—Si alguien me ha visto, habrá cerrado los ojos, y procurará olvidarse de que me vió: en fin, callará.

—¿Qué notaste en la habitacion de Requesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

—Sobre una mesa tenia muchas cartas en cifra.

—¿En cifra? ya: la correspondencia non los de su partido. Pero adelante: ibas provisto de llaves maestras para todo. Háblame de sus armas: ¿qué armas le hallaste, ofensivas y defensivas? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

—En cuanto á vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitacion uno como de mercader africano ó ébrio.

—Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco...

—Precisamente. Un alfanje corvo.... una acoraza flexibilísima de zecama para debajo del vestido. ¡Ah! y en una arqueta, envuelto con mucho cuidado un capacete romano antiguo.... adornada con una magnífica esbellería femeníl.

—El es sin duda: él era; no estaba entre las vasconas, me estaba siguiendo los pasos: aún aun á Floriana. ¡Oh! esta vez perderá la esclava y la vida.

(Estas espresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que el verdugo no pudo entenderlas ó se hizo al sordo.)

—¿Y dices, siguió el duque, que solo le acompañau dos ó tres esclavos?

—Y tan ocupados los trae, que por lo comun solo uno se halla á su lado.

—Esta noche ¿á qué hora le esperas?

—A medio noche y vendrá sólo.

—Perfectamente, dijo para sí el duque apartándose de Sisberto; poniéndome en emboscada con media docena de hombres determinados, Requesvinto cae sin remedio en mi poder y me le traigo á los calabozos del castillo. Tú, prompíste dirigiéndote al verdugo, vas ahora á permanecer en tu habitacion sin salir de ella ni hablar con ninguno.

—¡A buen tiempo tomas precauciones! pensó el disimulado verdugo: siates de venir aquí, ya he dado cuenta de todo al confidente del príncipe.

Separábase con esto el duque á buscar á sus cómplices, y el verdugo á Centola.

VII.

El alcázar destinado á los gobernadores de Segóbriga, situado como ya hemos dicho en lo mas alto del cerro donde tiene su apoyo esta ciudad menos grande que fuerte, contenia unos calabozos casi subterráneos, contigua á los cuales se hallaba la habitacion del verdugo Sisberto; un estrecho y largo cochitril le servia de almacén para los trastos de su oficio. En un rincon se veian unas cuchillas molinos y un tajo cubierto de polvo: mas á la mano varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado, cuando deseoso de hacer algun bien tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el polvo le hacia recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creia dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche: daba luz al cuarto una lámpara que cuanto mas visible hacia el menage de aquella mansion, tanto mas horrible la presentaba. Sisberto silencioso y mustio se paseaba de un extremo á otro: la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista á ella dos ó tres veces, creyó haber visto á su mujer asomada observándole. Sorprendióle la novedad por qué no suponía él á Centola, desde que vino á sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóla con desagrado que entrase y le preguntó por qué le acechaba.

Obedecióla Centola, tímida y trémula. Desde su aciaga boda no cabia en ella mas pasión que la del miedo. Sus mejillas habian perdido los vivos y hermosos matizes de otro tiempo, sus ojos habian cobrado una expresion espantadiza: una palabra fuerte de su marido bastaba para que se la espeluzara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza abatida siempre, simbolo de la servidumbre que se ha merecido.

Balbuzeando, interrumpiéndose y granándosele el cutis de todo el cuerpo cada vez que veia á su temblando marido arquear las cejas, refirió Centola que la habia llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora habia principiado por encargarle que dijese la verdad y guardara secreto, porque sino le mandaria echar un lazo

á la garganta. Centola con tan benigna advertencia habia prometido todo lo que se exigia de ella; Teodosinda le habia preguntado si le habia enseñado Sisberto á preparar algun veneno fuerte, cuya accion fuera tan rápida, que no diese lugar á ningun remedio. Contestó que sí Centola; le encargó Teodosinda que fabricase uno aquella noche misma y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendria necesidad de dar cuenta á Sisberto y este al duque, la señora le habia dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba á saberlo, contase con que ella y el verdugo morirán á la primera ocasion sin remedio. Hé aquí por qué temblaba Centola de anunciar á su marido el compromiso fiero en que la hermana del gobernador los ponía. Felizmente Sisberto escuchó la noticia con mas estraneza al pronto que desagrado: echóse á discutir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrirle al instante que debia estar destinado á Floriana, como era en efecto; al día siguiente habia de salir de Segóbriga el duque, y durante su ausencia queria envenenar Teodosinda á su rival detestada. Trató Sisberto de avisar al duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo por donde se salia de su habitacion, á un patio, halló que por la parte de afuera habian puesto á la puerta un recio candado; á fin de tener incomunicado á Sisberto mientras la suerte del principe se decidia. El verdugo con esto, despues de un rato de profunda y silenciosa meditacion, llamó á su mujer y afectando serenidad se puso á preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operacion fué larga y les ocupó mucho tiempo: Sisberto se enojó veinte veces con su muger diciéndo que lo equivocaba todo, echóla por fin del laboratorio y concluyó él la confeccion de la funesta bebida. Mas de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba á ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que trsian algun preso al castillo. Era en efecto el principe que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse á la casa donde se escondia, habia sido preso sin poder defenderse: un esclavo á quien Sisberto habia encargado que dijera á su amo que se guardara, no habia podido encontrarle. Abrieron un calabozo y encerráronle en él amarrándole á una fuerte cadena.

(Continuará.)—JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PELIGROS DE MADRID.



—Ven V., don Esteban hemos ido á ver la salud de los toros; tra empezado las apuestas, y Camaron se me ha extrañado; y á los dos y siete años perdesele...; Tan buena como es él...; y vendu contad...
—¿Que parte V., don Esteban, peligro de Madrid?